

Perspectivas historiográficas de las prácticas de lectura

Artículo de revisión

Resumen

Con el propósito de identificar elementos teóricos que orienten una descripción conceptual e histórica de las prácticas de lectura, el artículo recoge las voces de autores que, a su vez lectores, narran y describen sus propias historias de lectura: Alberto Manguel, Roger Chartier, Michel de Certeau, Ana Teberosky y Guglielmo Cavallo (prácticas de lectura y la lectura); Robert Darnton, Peter Burke y Renán Silva (fundamentos históricos e historiográficos); Giovanni Papini, Carl Sagan y Marcel Proust (los espacios e historias sobre prácticas de lectura). Con base en ello se adoptan tres perspectivas: la primera habla de un acercamiento a la lectura silenciosa como un hito en la transformación del aprendizaje y de los procesos cognitivos y de la intimidad en la práctica de lectura; la segunda, el impacto de la imprenta en las prácticas de lectura, una invención mecánica que generaliza el uso del papel en la impresión de textos y revoluciona las condiciones sociales, políticas y religiosas de la época, el acceso a la información, la transformación de los formatos de impresión y la producción y divulgación del conocimiento; y finalmente, un acercamiento conceptual a las prácticas de lectura, los abordajes investigativos desde el concepto de práctica y una aproximación histórica a las prácticas de lectura.

Palabras clave: historia de la lectura; hábitos de lectura

Cómo citar este artículo: PARDO RODRÍGUEZ, Luis Ernesto y GUTIÉRREZ, Rocío. Perspectivas historiográficas de las prácticas de lectura. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 2011, vol. 34, no. 2, p. 221-232.

Recibido: 29 de enero de 2011 / **Aprobación definitiva:** 1 de agosto de 2011

Abstract

In order to identify theoretical elements that could guide a conceptual and historical description of reading practices, this article includes the voices of authors, in themselves readers, who narrate and describe their own history of reading: Alberto Manguel, Roger Chartier, Michel de Certeau, Ana Teberosky and Guglielmo Cavallo (the practices of reading and reading); Robert Darnton, Peter Burke and Renán Silva (historical and historiographical foundations), and Giovanni Papini, Carl Sagan and Marcel Proust (reading spaces and stories about reading practices). There are three perspectives that base themselves on this. The first is the approach to silent reading as a milestone in the transformation of learning, of cognitive processes and

Luis Ernesto Pardo Rodríguez
Profesor, Programa de Sistemas
de Información, Bibliotecología y
Archivística, Facultad de Ciencias
Económicas y Sociales, Universidad
de La Salle, Bogotá, Colombia.
luisernestopardo@gmail.com

Rocío Gutiérrez
Profesora, Facultad de Educación de
la Universidad de La Salle, Bogotá,
Colombia.
rociogutierrez330@hotmail.com

of privacy. The second, the impact of the printing press on reading practices, a mechanical invention that made widespread the use of paper in the printing of texts and revolutionized the social, political, and religious conditions at the time, the access to information, the transformation of printing formats and the dissemination and production of information; and finally a conceptual approach, the research approaches from the perspective of practice and a historical approximation toward reading practices.

Keywords: history of reading; reading practices

How to cite this article: PARDO RODRÍGUEZ, Luis Ernesto, GUTIÉRREZ, Rocío. Historiographical perspective of reading practices. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 2011, vol. 34, no. 2, p. 221-232.

1 Introducción

La transformación de las prácticas de lectura se da a partir de dos acontecimientos claves en la historia del pensamiento moderno: la aceptación del papel en procesos de escritura y de impresión y la invención de la imprenta, que dieron lugar a la consolidación de la lectura como práctica social de divulgación, a la democratización de la información y el conocimiento y al nacimiento de la lectura silenciosa como hito en la formación de nuevos lectores. El itinerario de las prácticas de lectura revela que ésta no ha sido una actividad estática, sino que ha estado vinculada a las necesidades de las épocas, los cambios políticos y sociales, la modificación en la concepción de la educación y otros aspectos que permiten avizorar la cultura en el pasado.

La intención es reconocer las prácticas de lectura y su lugar en la historia, comprender la importancia de la imprenta en la sociedad moderna y los materiales sobre los que construye la reflexión teórica en torno a la historia de la lectura y ofrecer una panorámica sobre los autores que han investigado este tema. También se hace una travesía por la evolución de los modos de leer, desde la que se cultivaba en los centros monásticos y conventuales y las reglas que animan y “obligan” a la lectura como ejercicio espiritual.

En el texto se identifican roles que caracterizan las prácticas de lectura, que han surgido de su ejercicio y de la formación como lectores: Jorge Luis Borges encarna no sólo al lector modelo, sino también al escritor

consumado; Umberto Eco, lector modelo, lee a su vez a Borges y lo inmortaliza como Jorge de Burgos en *El Nombre de la Rosa*. Alberto Manguel, el editor, lector selectivo y voraz, narra el oficio de los copistas, traductores y miniaturistas en las abadías medievales, que forjaron un oficio que sublimó Johannes Gutenberg. Estanislao Zuleta, el profesor, ante todo lector y orador, analista, crítico e intérprete primario del texto; y finalmente el lector, un ciudadano, un estudiante, que en todas los períodos de su vida académica e intelectual representa el eterno retorno, el fin último del texto, la renovación y el guía de nuevos modos de leer.

2. La lectura silenciosa, despertar de la intimidad

Jesper Svenbro (1998, p. 90) manifiesta que ya en la antigua Grecia, en el siglo V a. C. se practicaba la lectura silenciosa (“leer para sus adentros”), en los diálogos con los oráculos, en las conversaciones entre maestros y discípulos, pero pocos sabían de ella, porque eran más los analfabetas que los letrados. Era esta una práctica reservada para una minoría, los intelectuales de la época: historiadores, poetas, dramaturgos, filósofos, y por supuesto, actores de comedias y dramas que requerían lectura previa de los textos que recitarían en sus representaciones. El acto de la lectura silenciosa era, pues, una rareza, y más apreciada era la lectura en voz alta, porque se daba una gran importancia a la memorización y la declamación de la tradición helénica, las hazañas bélicas y la memoria colectiva de los pueblos.

Así, la práctica no se masificó; al contrario, se mantuvo en una élite y pasó de los pensadores griegos a los romanos y de éstos a las primeras comunidades cristianas con el nacimiento de la Escolástica como opción pedagógica. Fue así como en abadías y conventos se designaban roles, tareas y normas en torno a la lectura como ejercicio monástico.

San Benito de Nursia, monje italiano del siglo VI (540 d.C.), escribió su obra *Regula Monachorum* (Regla de los Monjes), un tratado sobre las normas de conducta terrenales y espirituales de los integrantes de una comunidad religiosa, en el que se encuentran reglas sobre el comportamiento lector de un monje en la intimidad – lectura silenciosa – y en comunidad, en el *refractorium* (Parkes, 1998, p. 160), en los actos litúrgicos o en *scripto-*

rium. Se establecían espacios comunales e individuales. En los espacios primeros, como el *refractorium*, “no debe faltar la lectura”. El monje - lector debe prepararse durante toda la semana para cumplir su oficio de Lector el día domingo, y pedirles a sus compañeros que oren por él para alejar el espíritu de la vanidad: “Señor, ábreme los labios, y mi boca anunciará tus alabanzas”. Luego recibe la bendición y comienza su oficio de lector.

Esta práctica en el *refractorium* constituye para la comunidad religiosa un acto de recogimiento: “Guárdese sumo silencio, de modo que no se oiga en la mesa ni el susurro ni la voz de nadie, sino sólo la del lector”, y mientras los monjes consumen sus alimentos, prestan atención a las lecturas edificantes y preparan su espíritu para las jornadas de oración (Abadía de San Benito de Luján, 2010).

Los frailes o laicos que obtenían la dignidad de Lector en la Iglesia debían conocer muy bien las Sagradas Escrituras para encontrar en su interior la sensibilidad y el sentimiento, el designio sagrado de cada palabra o frase y determinar los límites gramaticales de la lectura, expresando el afecto de la sentencia: “Ora la manera del que expone, ora la manera del que sufre, ora la manera del que increpa, ora la manera del que exhorta, ora adaptándose a los tipos de expresión adecuada” (Parkes, 1998, p.158-159)

El Lector en la Iglesia debía repasar para comprender los pasajes bíblicos mediante la lectura silenciosa, exponer ante su maestro, quien lo guiaba en el tono, la pronunciación y la fluidez al leer en voz alta, dominar la técnica de la expresión oral *vim pronuntiationis*. La coordinación del sentido y el ritmo debía reflejar su dominio sobre el tema, la correcta dicción, la postura corporal y la forma cuidadosa de pasar las hojas (Parkes, 1998, p. 159)

Una vez consumidos los alimentos, los monjes se dirigían a sus celdas: “Descansen en sus camas con sumo silencio, y si tal vez alguno quiera leer, lea para sí, de modo que no moleste a nadie” (Abadía de San Benito de Luján, 2010, Capítulo XLVIII. El trabajo manual de cada día). Se privilegia la lectura silenciosa, íntima, sosegada, en las celdas de la abadía, lectura espiritual, esa que acerca al monje a Dios y a su infinita misericordia. Nuevamente a la hora nona: “(...) ocúpense todos en la lectura o en los Salmos”

En el tiempo libre se favorecían el trabajo manual y la lectura espiritual. En ese tiempo, la lectura implicaba orden e integralidad. La trascendencia del ejercicio exigía silencio absoluto, reflexión y meditación para vencer la ociosidad, enemiga del alma. El trabajo manual establecía un balance entre la mente, el cuerpo y el espíritu y constituía una ocupación para la entretención de los monjes.

Los monjes deben recoger los libros de la biblioteca: “Reciban todos un libro de la biblioteca, diríjense a sus aposentos y dedíquense a la lectura espiritual; en el ejercicio de la lectura, uno o dos hermanos mayores recorrerán los pasillos de las recámaras y constatarán si algún hermano se entrega al ocio y a la charla y no atiende la lectura, porque ese hermano no sacará ningún provecho de la lectura y aun así distraerá a los demás; en tal caso se le reprenderá una y otra vez”. Son voces imperativas que disponían del tiempo libre de los hermanos en la comunidad. (Abadía de San Benito de Lujan, 2010)

Entre las religiosas femeninas se destacó Hroswitha de Gandersheim, alemana del siglo X, que escribió en latín obras de teatro destinadas a las monjas, con el fin de incentivar la lectura silenciosa, y hacer comprender y memorizar los libretos para la puesta en escena. Su intención era mejorar la expresión oral y corporal, la pronunciación y la articulación de la voz. Esta curiosa iniciativa fue una respuesta feminista al tiempo que “despilfarraban” las religiosas en leer las comedias machistas de Terencio, autor cartaginés del año 169 a.C. que escribió: *El eunuco*, *La suegra* y *Los hermanos* (Abadía de San Benito de Luján, 2010)

De la lectura en voz alta, promulgada en la antigüedad como una práctica de dominación religiosa y política de textos confesionales y documentos públicos, se pasó a la práctica individual, una virtud desconocida, un acto privado, íntimo, sosegado, solitario, realizado en cualquier espacio, que revolucionó las formas de aprender, de conocer, de enseñar y abrió nuevas posibilidades creativas a los lectores y los escritores. También a partir de ese momento se comienza a ahondar la distancia entre autor y lector (Manguel, 1999). Al disponer de impresiones idénticas de la obra original, el lector añadió su presencia, sus marcas y una historia como lector.

Manguel anota:

Leer sin pronunciar en voz alta o a media voz es una experiencia moderna; en otro tiempo el lector interiorizaba el texto; hacía de su voz el cuerpo del otro; era su actor. Escuchar el ritmo de las frases; imaginar, crear y recrear situaciones y personajes y tomar distancia del texto son nuevas situaciones que cambiaron las prácticas de lectura colectiva, hacia la búsqueda de la intimidad como alternativa de comprensión del mundo (Manguel, 1999, p.183-184).

Así pues, la práctica de la lectura individual permitió al “nuevo lector”, o al “nuevo actor social”, interpretar la realidad y su vivencia ciudadana fundamentado en la asimilación, aprehensión y reproducción de conocimiento. Su experiencia como lector lo obligó a perfeccionar por cuenta propia acciones cognitivas, como la comprensión, el análisis y la crítica, y dio lugar al intercambio de saberes en espacios sociales, familiares y laborales (Darnton, 2003, p.189-221).

3. Impacto de la imprenta en las prácticas de lectura

Asa Briggs (2002) considera la aparición de la imprenta una revolución y describe el paso de lo manuscrito a lo impreso: la imprenta motivó cambios en las prácticas de lectura tradicionales y en la producción, acceso y uso del conocimiento. El contenido de los textos era potestad de frailes que ejercían como traductores, copistas, miniaturistas y bibliotecarios. Los libros permanecían resguardados en abadías y palacios y era inimaginable copiar una obra de la magnitud de la Biblia en poco tiempo e imprimir un número elevado de volúmenes. La invención de la imprenta permitió el acceso masivo a nuevos textos y facilitó la enseñanza de la lectura y la escritura en ámbitos educativos populares (Manguel, 1999). La proliferación de libros permitiría a los considerados no lectores acceder a espacios de apropiación de conocimiento y formas de sensibilización nuevos. El impacto de la imprenta se sintió: 1. en una profunda transformación de la concepción cristiana en las comunidades europeas a partir de la traducción de la Biblia y la divulgación de las tesis de Martín Lutero; 2. un cambio de la mentalidad individual hacia lo político, social y educativo por los procesos de alfabetización popular a que dio lugar, y la posibilidad de elegir, en pleno siglo XVI, entre más de ocho millones de libros, “más qui-

zá de los que todos los copistas de Europa produjeran desde que Constantino fundó su ciudad en el año 330” (de Cerateu, 1996).

En el Siglo de las Luces se pretendía, mediante las nuevas prácticas y hábitos de lectura y escritura, reformar la sociedad, generalizar la educación escolar y transformar la mentalidad colectiva a partir del uso del libro y su difusión (de Cerateu, 1996). Una caracterización diferente hace el historiador alemán Reinhard Wittmann en su ensayo, *¿Hubo una revolución en la lectura del siglo XVIII?*, en el cual explica los cambios en la formas de leer por un cambio de la mentalidad:

El estatus heredado por nacimiento es sustituido por la identidad individual. Primero trató de ganarse y de afirmar su ansiada autonomía en el ámbito espiritual. Esta individualidad burguesa, cuyas señas de identidad son el descubrimiento y la liberación de la subjetividad, estaba deseosa de comunicación con el fin de ampliar su limitado universo de experiencias [...] Ningún otro medio podía recoger mejor esta función que la palabra escrita. La cultura impresa y la literatura se convirtieron en campo de prácticas del autoconocimiento y del raciocinio. Con ello, el libro y la lectura pasan a identificarse con otros valores en la conciencia pública (Wittmann, 2001, p.441).

Bien deja ver este estudio que en aquel período la escritura y la lectura constituían un privilegio reservado a castas, elites, a mundos masculinos, o prerrogativa de grupos que, de alguna manera, se reservaron el poder de la permanencia y la trascendencia del pensamiento y la creación. Este proceso es aún un asunto de reflexión, en tanto que la construcción de identidad y los procesos culturales que se desarrollaron en América Latina a lo largo del siglo XIX estuvieron ligados al acceso o privación de esta forma del conocimiento. Pero este tema abriría otra perspectiva de análisis, que considera la simbolización y el imaginario de los lectores, su relación con las elites, la importancia de la imagen en la cultura popular y la difusión de los libros (Wittmann, p.441)

Como historiador, Robert Darnton, ha ahondado en la historia de la lectura y en la incidencia de sus prácticas en los cambios sociales, políticos y culturales en el pasado. Define el acto de leer como una “(...) actividad familiar y extraña que compartimos con nuestros antepasados, aunque no sea la misma que ellos experimentaron” (Darnton, 2003, p. 220).

Esta definición permite establecer formas de relación entre el texto, el lector, los contextos y las formas de lectura que se desarrollaron a lo largo de la historia y que, de alguna manera, permiten pensar el presente a la hora de transmitir los conocimientos en los planos de la estética y la ética y diferenciarlos de los usos de la lectura y de los libros en el pasado. En este sentido, la obra no es solamente un objeto que representa el pasado, es un objeto cultural que registra ese pasado y da cuenta de la vida de los hombres en ese pasado. Al mismo tiempo, da cuenta de los modos como se concretan las prácticas lectoras y de estas y su importancia entre quienes reflexionan sobre qué se escribe y se lee. Se han dado cambios en la lectura, que hablan de nuevas elaboraciones de significado, y por lo tanto, de cambios en la percepción y en la noción de memoria. Así mismo, nos está diciendo que leer es una actividad que varía entre sociedades. Es innegable, según el estudio de Darnton (2003), que existen formas de leer que cambian la historia, cuando leer es vivir y crear textos para dar sentido a nuevas circunstancias y situaciones.

Esta perspectiva permite apreciar de manera más clara la gran revolución de la imprenta, que como avance técnico permitió los cambios para la transformación hacia una nueva época. Esta máquina modificó los hábitos de lectura, la relación con los libros y su mercado, dio lugar a la publicación como industria y a los libros como objetos masificados y de consumo. El análisis de Manguel, Chartier y de Certeau se articula en cuanto señalan la transición de las prácticas de lectura a partir de la creación y publicación de libros. El acto de la lectura implica, entonces, una mirada y una apreciación de la oralidad nuevas, en la que lo escrito adquiere una nueva textura y alcances diversos en las forma de percibir el mundo y de representarlo.

Finalmente cabe mencionar que la revolución de la imprenta hizo la transición entre el pergamino y el papel, y el papel, elemento novedoso, de menor costo y de fácil manejo. En ese mismo contexto, el siglo XX trajo consigo la revolución de la información, cimentada en la invención del computador y la internet, que encarnan la transición entre el papel y el documento digital. Del códice se pasó al libro, y de éste al libro digital. La metamorfosis continúa, y sin perder su esencia, el pensamiento del hombre se materializa en escritos cortos, como comentarios, reseñas, resúmenes, blogs, artículos y revistas, entre otros.

4. Acercamiento conceptual e histórico a las prácticas de lectura

En la concepción moderna de las prácticas de lectura se encuentran tres posiciones:

1. De Certeau (1996) las concibe como maneras, formas o modos de abordar, usar un texto, un código o un objeto. Caracteriza las prácticas como labores artesanales en un contexto que se inicia en la familia y continúa en la escuela, las bibliotecas y en ambientes sociales que facilitan la formación y consolidación de procesos cognitivos. Incluye, asimismo, el análisis de orden interpretativo (hermenéutico) y semiológico de la lectura, que concibe al lector de una manera abierta, receptiva, pero a la vez crítica, y permite entender la lectura desde apreciaciones que sobrepasan el campo del texto escrito y del libro.

2. Chartier (1992) considera las prácticas como actos individuales de asimilación e interpretación de textos, actos colectivos que permiten aprehender y socializar el conocimiento en debates académicos o políticos, que elevan las prácticas de lectura a un estadio democrático, inalcanzable en otras épocas. La noción de práctica permite ampliar el campo de análisis y la manera de abordar las fuentes históricas a la hora de emprender una investigación en la historia de la lectura.

3. Ana Teberosky da cuenta de la noción de práctica de lectura describiéndola como las habilidades que desarrolla el ser humano, necesarias para la aprehensión, producción y divulgación de información y conocimiento. Desde esta perspectiva, la autora la relaciona con los modos como los seres humanos aprenden y enseñan, difunden o se apropian del conocimiento (Teberosky, Guardia y Escoriza, 1996).

Estas perspectivas darán lugar a nuevas maneras de difusión del conocimiento, tema de interés cuando se estudian los modos de aprender, de apropiarse del conocimiento.

No deja de llamar la atención que la mayoría de los autores que se acercan al tema de las prácticas y de la historia de la lectura, así como los novelistas y los poetas, en sus ejercicios autobiográficos, hagan referencia a su relación con los libros. Hablan de sus prácticas de lectura, del contacto con sus primeros libros, con las

bibliotecas familiares y públicas, del acercamiento a sus temas de interés, del encuentro con autores que los antecedieron y su valía como extraordinarios lectores. Desde esta perspectiva, las prácticas de lectura son un emblema de sabiduría y su descripción constituye una auto-referencia en la que un autor se involucra como lector y da cuenta de su vivencia como aprendiz y productor de textos.

En las prácticas de lectura se integran condiciones que implican su gestación, crecimiento y evolución: el contexto familiar, social, educativo e histórico; la consolidación de las habilidades del individuo como lector, que implica procesos cognitivos, como la identificación de conceptos, definiciones y categorías; la comprensión de lo leído; el análisis de las posiciones de los autores; la crítica del texto a partir de estrategias comparativas; la apropiación y aprehensión de conocimiento y la interpretación mediante la estructuración de conceptos y enfoques propios del lector.

La cúspide de una práctica de lectura corresponde a la creación de nuevo conocimiento, que evidencie la experiencia del autor, que ofrezca argumentos, certezas, miedos e ilusiones a un posible lector, quien será, en últimas, el que valide su obra.

Así pues, las prácticas de lectura constituyen un conjunto de estrategias cognitivas adquiridas mediante rutinas, hábitos y tareas que articulan el acto lector en un aprendizaje autónomo. Su ejercicio constante permite la apropiación de contenidos, la interpretación de la realidad y la construcción de conocimiento. Involucra formas de leer, usos del texto, espacios para la práctica y el empleo de nuevos formatos de almacenamiento y presentación de información.

4.1. Aproximación histórica a las prácticas de lectura

Una aproximación histórica a la lectura implica, no sólo pensar el acto lector como un hecho del pasado, sino también los métodos de los que se han valido historiadores y eruditos para la recolección de fuentes documentales que permitan dar cuenta de la lectura como fenómeno histórico. Por ello, se presenta la manera en que las diferentes metodologías permiten abrir y dar forma a un campo de la historia que abarca el análisis de la historia de los objetos (en este caso los libros), la

simbolización de lo leído, la educación de los lectores y su relación con los escritores y las obras.

La historia de las prácticas de lectura se inscribe en el marco de la historia cultural, que aborda diferentes campos del conocimiento, como la antropología, la sociología, el psicoanálisis, los estudios del lenguaje, la literatura, entre otros, que permiten delimitar el objeto de estudio. El historiador Peter Burke (2006), en el libro *¿Qué es la historia cultural?*, hace una revisión generacional en la que vincula autores y épocas que caracterizaron las tendencias de lo que se denomina historia cultural, entendida ésta como la producción intelectual que se dio en determinado momento, y con ella, los saltos o las constantes en las formas y temas de entender la historiografía, al tiempo que desfilan individuos, espacios, debates y motivaciones.

La historia de las prácticas plantea preguntas acerca de quiénes y cómo se ha practicado la lectura. Implica también los lugares y los elementos para llevarla a cabo y, por supuesto, su soporte, la escritura, que da forma e impulsa el actor lector. Las tablillas, los papiros, las hojas impresas, no son simples objetos muertos que contienen una buena parte de la memoria de la humanidad. Con su estudio se pone en juego la relación entre lectura y vivencia, y se informa de los modos y la selección, del acopio de textos que se leen en un momento dado, de su pertenencia a una clase social y de la manera de crear significado, que varía entre una cultura y otra.

Se entiende así que la formación de lectores y la importancia del documento escrito en el tiempo no son homogéneas, tampoco puramente individuales, que en el análisis de este campo de estudio las disciplinas han permitido el desarrollo de métodos que, en un sentido amplio, aportarían elementos importantes para una historia de las prácticas de lectura: la sociología, la antropología, la literatura, en concordancia con la historia, permitirán comprender las prácticas y las diferentes texturas que ha tenido la práctica de la lectura desde su aparición. En este sentido, la importancia del concepto de prácticas, permite localizar y visibilizar comportamientos repetitivos, creencias, rituales y ceremonias que se pueden manifestar o pueden constituir el acontecimiento histórico. Para este análisis también resulta muy útil la noción de representación, que permite transcribir los sistemas de relaciones, las simbolizaciones, lo artístico, lo imaginario, hacia una

comprensión del objeto de estudio, en este caso la lectura, y sus implicaciones como fenómeno histórico. Finalmente, la noción de construcción, o el denominado “constructivismo”, que permite analizar el objeto como algo “no natural”, como un artificio que puede ser visto y estudiado desde diferentes perspectivas, en especial desde la idea de éstos como constructos del lenguaje, y por ello dando relevancia a los análisis propios de las áreas del lenguaje .

Una historia de la lectura anterior a la imprenta implica un manejo de fuentes que se despliegan en textos literarios, biografías, documentos didácticos, obras históricas y hallazgos arqueológicos, que exigen variedad de métodos para su análisis. La aparición de la imprenta estableció un corte que obliga a centrarse en el documento impreso. Para Europa, éste fue un acontecimiento histórico que influyó en la religión, la política, en las economías y mercados de envergadura, hasta la transformación de las formas de simbolizar lo leído, y que trajo la masificación de la lectura y una relativa facilidad en la consecución de los libros.

La historia de la lectura como modo de hacer historia nos permite comprender los modos de aproximación de los lectores del pasado a las obras escritas, la importancia histórica de la lectura y el lugar de ciertos documentos en el devenir humano. Historiadores como Robert Darton, Roger Chartier, Peter Burke, entre otros, han indagado en archivos sobre la importancia de la lectura, el poder de los libros y el papel de los lectores en diferentes periodos. El registro escrito de estos hechos es de interés para todos aquellos que se interesan por la lectura, las bibliotecas, los libros, la educación, y sus cambios en relación con la lectura y sus prácticas.

La lectura ha tenido sucesivas caracterizaciones según sus soportes, la difusión que ha alcanzado y los grandes quiebres y transformaciones ocasionados por la técnica.

4.2. De la práctica a la práctica de lectura

Un ejemplo del uso que del término práctica se puede hacer en la investigación histórica en Colombia. El historiador Renán Silva ha realizado estudios del fenómeno de la lectura como práctica. En su obra, *La Ilustración en el Virreinato de la Nueva Granada* (Silva, 2002) da cuenta de una teoría y de autores que permiten abordar la Ilustración como asunto fundamental para comprender la

Modernidad. Uno de los textos centrales que le permiten definir la Ilustración como un período histórico es el ensayo *La Ilustración*, de Kant. Al iniciar la reflexión con un texto filosófico da la pauta para comprender el espíritu de esta obra, mucho menos centrada en el análisis de casos y más en una propuesta teórica. Particulariza y ahonda en temas como la prensa, la tertulia y las sociabilidades modernas y lo que permitieron.

(...) no sólo porque la prensa fue una creación de los hombres de letras de finales del siglo XVII, cuyos nombres se asociaban con el movimiento de crítica ilustrada de la realidad, y por ello mismo uno de los vehículos de difusión de los temas centrales de tal crítica, sino porque alrededor del nuevo periodismo cristalizaron fenómenos sobresalientes, que son expresión de las mutaciones culturales por las que atravesaban las sociedades andinas. (Silva, 2005, p. 39)

En un segundo texto, *Los ilustrados de la Nueva Granada*, (Silva, 2002), reflexiona de nuevo acerca de la Ilustración en el país y aporta documentos ignorados que permiten replantear la interpretación de este periodo. Para el autor, el movimiento que se conoce como Ilustración se desarrolló gracias a varios factores: “(...) un comienzo de repunte demográfico, la consolidación del mestizaje, el crecimiento de la vida urbana, y un inicial proceso de cambio cultural” (Silva, 2002, p. 18-19). El método le permite afirmar que la reforma borbónica y el cambio cultural van a permitir un proceso “civilizatorio”, fundamental para comprender políticas aplicadas posteriormente, tanto en lo académico como en la definición de lo que sería “la nación”.

Llama la atención que, según Silva, dicho proceso no puede ser analizado desde la “historia de las ideas”,

(...) porque ella nos aleja de la cultura tal como ella es vivida y tal como se la representa día a día en grupos sociales que pueden participar de manera práctica de un movimiento de ‘ideas’ (...) porque no permite analizar el problema de la incorporación de una cierta doctrina en la vida personal de un individuo o conjunto de individuos, e investigar por esa vía el problema histórico esencial del juego de relaciones entre un sistema de prácticas y un conjunto de ‘ideas’ determinado, o simplemente tal enfoque asume que, tarde o temprano, las ideas terminan engendrando las prácticas. (Silva, 2002, p.21).

Estos aspectos serán de importancia para entender su análisis sobre la lectura y la escritura en ese período, porque allí procura incorporar contenidos que hablan de transformaciones culturales que incidieron en la

vida de un grupo de individuos. Para abordar el principio de esa transformación nos remite a la relación que se entabla en ese momento con el libro y examina los casos particulares, con lo que da cuenta de sus fuentes y los documentos que justifican su propuesta de análisis. Con ello también establece clasificaciones que permiten observar las cantidades y los contenidos de los libros que circulaban entre los letrados. Incluye inventarios. De esta manera nos anuncia los rasgos que adquirieron la lectura y la escritura entre los denominados “ilustrados”. El tema se limita a la visión de estas personalidades y no ofrece un panorama del acto social de la lectura.

La noción de práctica ha abierto el campo de la historia de la lectura. En obras como *Lecturas precarias* Joëlle Bahloul (2002, p. 18) cuestiona la noción de “poco lector” y ahonda en el problema de qué textos se eligen y quiénes son considerados “poco lectores”. Interpreta el sentido de “poco lector” en el contexto de práctica, e inscribe estos conceptos en lo que denominaría un “proceso histórico e ideológico”. Para su estudio utilizó métodos etnográficos, lo que le permitió levantar estadísticas, analizar entrevistas, plantear preguntas que en otros campos no hubiese tenido sentido aplicar. Ello le permitió encontrar una nueva definición y representación del lector, y una representación inédita de la relación con los libros y del libro mismo. *Lecturas precarias* nos da herramientas para comprender de manera objetiva el acercamiento o rechazo de las sociedades frente a la lectura. Se considera allí la importancia que le da una sociedad al libro y la representación que crea de él, y ayuda a vislumbrar los entramados políticos y culturales vinculados a la formación de una sociedad lectora.

4.3. Espacios e historias de prácticas de lectura

Los espacios y las historias de prácticas también hacen parte de la reflexión. Los ejercicios autobiográficos han caracterizado con afabilidad estas últimas. La primera referencia a prácticas de lectura en la que se aborda un texto se encuentra en una tablilla de madera (De Certeau, 1996), en un lugar diferente al *scriptorium*, la biblioteca o el dormitorio de un monje. Ese lugar es el baño, lugar que san Gregorio, en el siglo XII, describe como “un lugar retirado donde pueden leerse tablillas sin interrupciones”. El acto hierático y la solemnidad que simbolizaban las prácticas de lectura en la Europa entre los siglos XIV y XVIII daban por sentado que los

códices, y más tarde los libros, se leían en espacios interiores, en el aislamiento, resguardados los lectores por las paredes de una biblioteca.

En el siglo XV, con la invención de la imprenta, Tomás de Kempis, monje y escritor alemán, confesaba: “He buscado la felicidad en todas partes, pero no le he encontrado en ningún sitio, excepto en un rincón y en compañía de un pequeño libro”. Como consecuencia, surgen preguntas: ¿qué rincón?, ¿qué libro?, ¿qué tipo de lectura? Acaso ciertos rincones requieren un tipo especial de lectura. ¿Qué confabulaciones surgen de esa relación íntima? Simplemente, el lector va en búsqueda de la intimidad, de un sitio sin presiones, sin distracciones, un contacto directo con su texto, con la imaginación, la fantasía o con un sentimiento intelectual (Chartier, 1999).

En un sillón, un escritorio, en el automóvil o el tren, el lector busca en su práctica aislarse de la realidad que lo rodea, ingresar al mundo del autor y usar las estrategias cognitivas aprendidas como lector. El rey Eduardo III de Inglaterra compró, en 1374, un libro de romances que conservaba en su dormitorio, y afirmaba que tal tipo de lecturas debían mantenerse en ese tipo de recinto. (Manguel, 1999).

Las prácticas de lectura llevan al lector a espacios austeros, apacibles, íntimos, elegidos por su calidez para consumir el acto lector. Marcel Proust describe cómo leía a Balzac y Ruskin en un rincón del comedor; cerca del fuego: “[el libro que] (...) habla sin esperar respuesta y cuya amable conversación vacía de sentido no viene, como las palabras de los hombres, a superponerse a las palabras que estáis leyendo”. Al aire libre “durante las dulces horas de la siesta bajo los avellanos y los majuelos del parque, donde las brisas de los campos infinitos venían de tan lejos a jugar silenciosamente junto a mí ofreciendo, sin decir palabra, a mi nariz distraída el perfume de los tréboles” (Proust, 1989, p. 7-9).

Giovanni Papini ubicó sus prácticas de lectura en el ático de la casa: “Uno de los instantes más maravillosos de mi vida fue cuando entré a gozar de todos los derechos sobre la biblioteca de mi casa” (Papini, 1959, t. 5, p. 732). Esta consistía en una rústica canasta para virutas, escondida en el ático de su casa, que contenía más o menos un centenar de volúmenes. Allí se encerraba todos los días, se sentía libre y extraía uno a uno,

con estupor y circunspección, los libros olvidados. No se limitaba a leer: fantaseaba, pensaba, rehacía, sacaba y adivinaba. “Aquellos libros eran todos para mí sagrados, y tomaba absolutamente en serio cuanto decían. Yo no distinguía entre historia y leyenda, entre realidad y fantasía; los tipos de imprenta eran a mis ojos testimonios infalibles de verdad” (Papini, 1959, t. 5, p. 730-735).

El contacto con las bibliotecas representó para este autor el salto de un centenar de libros, hallados en una canasta, a un millón de libros en la biblioteca pública de la ciudad. Pudo entrar a la biblioteca a los catorce años (no se permitía el ingreso sino a los dieciséis), regresó todos los días durante el tiempo que la cansadísima escuela le dejaba libre. Poco a poco se acostumbró al silencio del preciado lugar, alto, repleto de volúmenes antiguos y nuevos, de léxicos, revistas, opúsculos, atlas, códices y escritos.

Para Carl Sagan, uno de los científicos más destacados del siglo XX, su primer contacto con las bibliotecas se da cuando obtiene su tarjeta de lector en la Biblioteca Pública de Brooklyn, Nueva York. Sagan solicitó libros sobre las estrellas a la bibliotecaria, y ella regresó con un libro de fotografías rimbombantes de hombres y mujeres cuyos nombres eran Charles Chaplin, Clarke Gable y Marilyn Monroe. Así que, “Yo me quejé... ella sonrió y me buscó otro libro, el libro que yo quería. Lo abrí ansiosamente y lo leí hasta encontrar la respuesta... decía que las estrellas eran soles, pero que estaban muy lejos”. Siguiendo el camino trazado por Sagan, él, hace un recuento que nos hace viajar desde las luces del barrio hasta las luces de Nueva York, de la primera estrella de la noche hacia las constelaciones, el universo y la vía láctea. De un libro sobre las estrellas hasta el infinito mundo de los libros, en una proliferación infinita como las estrellas del cielo (Sagan, 1982, p.167-169).

Estanislao Zuleta, en una interpretación de Nietzsche, enalteció las prácticas de lectura en el rigor del trabajo: simbolizó en el camello la paciencia del lector, el sufrimiento y la mansedumbre en busca del eterno retorno: la creación intelectual. Nos cuenta que inició sus prácticas de lectura el día de su cumpleaños número catorce, cuando recibió de manos de un poeta costarricense su primer libro, *La montaña mágica*, de Thomas Mann. Aparece allí el lector y maestro marcado por una lectura de

juventud. Leyó de inmediato este libro y no lo abandonó ya en toda su vida (Zuleta, 1985). Su práctica de lectura lo llevó a releerlo, mostrarlo, prestarlo, regalarlo, explicarlo, difundirlo y recrearlo. Un amor a primera vista. Una sensación perdurable, una relación permanente con el novelista alemán (Vallejo Morillo, 2006).

La cotidianidad del acto lector se representa en el contacto permanente con libros, bibliotecas, catálogos de librerías e intercambio entre amigos. Su ejercicio fundamenta el acercamiento a otros pensamientos, otros mundos, y la consolidación del acto lector como fuente de análisis e interpretación de la realidad.

Finalmente vale la pena mencionar a Jorge Luis Borges, el autor latinoamericano más comentado por los escritores contemporáneos del mundo entero, que, como ya lo anotamos, inspiró a Umberto Eco el pérfido personaje de Jorge de Burgos, el bibliotecario de *El Nombre de la Rosa*, lector, escritor y transcriptor de obras:

Jorge de Burgos era un monje encorvado por el peso de los años, blanco como la nieve; no me refiero sólo al pelo sino también al rostro, y a las pupilas. Comprendí que era ciego. Aunque el cuerpo se encogía ya por el peso de la edad, la voz seguía siendo majestuosa, y los brazos y manos poderosas (...) (Eco, 1992, p.100-101).

De Burgos, un hombre que había leído los libros (Eco, 1992, p. 379), guardián inveterado de la biblioteca, que se forjó entre manuscritos, códices, lecturas y escrituras, representa dos edades: de joven, un fanático lector y escritor, con ansias de atesorar todo el conocimiento posible sobre religión, filosofía, literatura y poesía. Su función, formar a los monjes en la traducción, transcripción e ilustración de imágenes alegóricas en textos invaluable, medio de reproducción y conservación dispendioso y única forma por ese entonces de conservar la palabra escrita. De viejo, un sentimental, dogmático, controvertido, pero muy dispuesto a enseñar afanosamente a sus discípulos el conocimiento, y que, como gran profeta de su tiempo, asume que la humanidad conocerá los tesoros literarios con la integración de innumerables copistas o con la llegada de inventos como la horquilla que se coloca en la nariz Guillermo de Baskerville para observar en detalle las miniaturas de los libros y conjeturar un futuro próximo, cuando llegará una máquina que multiplicará los textos y favorecerá el acceso al conocimiento (Eco, 1992, p. 100-101).

La pasión de Borges por la lectura y los libros quedó consignada en su obra. Borges se consideraba mejor lector que escritor, y es indudable que lo representativo y universal de su obra se debe a su gran capacidad como lector y buscador de conocimiento en los libros. A lo largo de su vida las bibliotecas fueron el espacio vital y de creación que le permitió dar forma a su lectura (Borges, 1998). Finalicemos con un fragmento de uno de sus poemas, sobre el lugar al que dedicó parte de su vida: la biblioteca.

Aleandría, 641 a. C
Desde el primer Adán que vio la noche
Y el día y la figura de su mano,
Fabularon los hombres y fijaron
En piedra o en metal o en pergamino
Cuanto ciñe la tierra o plasma el sueño.
Aquí está su labor: la Biblioteca.
Dicen que los volúmenes que abarca
Dejan atrás la cifra de los astros
O de la arena del desierto. El hombre
Que quisiera agotarla perdería
La razón y los ojos temerarios.
Aquí la gran memoria de los siglos
Que fueron, las espadas y los héroes,
Los lacónicos símbolos del álgebra,
El saber que sondea los planetas
Que rigen el destino, las virtudes
De hierbas y marfiles talismánicos,
El verso en que perdura la caricia,
La ciencia que descifra el solitario
Laberinto de Dios, la teología,
La alquimia que en el barro busca el oro
Y las figuraciones del idólatra. (Borges, 2007).

5. Conclusiones

Este artículo no pretende dar conclusiones sobre un tema que ha ocupado múltiples páginas e investigaciones de la historia contemporánea, la sociología, los estudios culturales y las ciencias de la información. Al describir los momentos de las prácticas de lectura y sus variaciones a lo largo del tiempo, se da cuenta de la vida de los hombres en el pasado.

Indagar acerca de los lugares en los que se desarrollaban las prácticas significa pensar en los modos cómo se ha concebido una actividad que tiene implicaciones

en lo político, lo social y lo educativo, pero sobre todo, en la diseminación, uso y apropiación de conocimiento; un ejercicio fundamental en la formación de civilizaciones y en la concepción actual del futuro, que incluye los nuevos soportes tecnológicos de almacenamiento y divulgación de información; en la representación de la lectura y los soportes de la escritura, en lo que puede ser leído y en el lugar que ocupa la interpretación.

El modo cómo se ha realizado dicha práctica, su lugar en la enseñanza y en el aprendizaje, las maneras como se ha asumido desde la oralidad, la lectura silenciosa, la que se hace en voz alta, dan cuenta del lugar que ocupaba y de la importancia que le han dado los lectores en la vida de cada época y contribuye a entender cómo sus variaciones están asociadas a cambios culturales.

Dentro de estos cambios se destaca la aparición de la imprenta y su influencia en el mundo moderno. Con su aparición se modificaron las estructuras sociales, económicas y religiosas, que a su vez dieron forma a los acontecimientos que definieron el destino de Europa desde mediados del XV, momento de su invención. Ello por supuesto, influyó en la historia de América y en su relación con el conocimiento y en su importancia en la historia de las ideas, en lo intelectual y en lo político.

Finalmente, el conocimiento de los autores que han abordado el tema y las teorías sobre él permiten diferenciar los modos, los asuntos, las perspectivas y los posibles retos de investigación desde la historiografía, la pedagogía, la bibliotecología y las ciencias de la información.

Referencias bibliográficas

- ABADÍA DE SAN BENITO DE LUJÁN. 2010. *Regla de San Benito* [en línea]. Buenos Aires: La Abadía, 2010. 1p [citado abril 14 2011]. Disponible en: <http://www.sbenito.org/regla/rb.htm>
- BAHLOUL, Joëlle. 2002. *Lecturas precarias: estudio sociológico sobre los "poco lectores"*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 163 p.
- BRIGGS, Asa y BURKE, Peter. 2002. *De Gutenberg a internet: una historia social de los medios de comunicación*. Madrid: Santillana: Taurus, 2002 425 p.

- BORGES, Jorge Luis. 2007. *Obras completas*. Buenos Aires: Émece, 2007.
- BORGES, Jorge Luis. 1998. *Obra poética*. Madrid: Alianza, 1998.
- BURKE, Peter et al. 1993 *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Universidad, 1993. 313 p.
- BURKE, Peter. 2000. *Formas de la historia cultural*. Madrid: Alianza, 2000. 304 p.
- BURKE, Peter. 2006. *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós, 2006. 168 p.
- BURKE, Peter. 1996. *Venecia y Ámsterdam: estudio sobre las élites del siglo XVII*. Barcelona: Gedisa, 1996. 216 p.
- CERLALC. 2000. *De las empresas editoriales de América Latina siglo XX*. Bogotá: CERLALC, 2000. 270 p.
- CHARTIER, Roger. 2000. *Las revoluciones de la cultura escrita*. Barcelona: Gedisa, 2000.
- CHARTIER, Roger. 1999. *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- CHARTIER, Roger. 1992. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa, 1992. 276 p.
- COBO BORDA, Juan Gustavo, ed. 2000. *Historia de las empresas editoriales de América Latina, siglo XX*. Bogotá: CERLALC, 2000. 270 p.
- DARNTON, Robert. 2003. *El coloquio de los lectores: ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003. 460 p.
- DE CERTEAU, Michel. 1996. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 1996. 228 p.
- ECO, Umberto. 1992. *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen, 1992. 470 p.
- GROS Y RAQUE. 2010. *San Benito de Nursia*. Lima: Biblioteca Electrónica Cristiana - VE Multimedia, 2010.
- MANGUEL, Alberto. 1999. *Una historia de la lectura*. Bogotá: Norma, 1999. 477 p.
- NIETZSCHE, Friedrich. 1970. *Así hablo Zaratustra*. Barcelona: Círculo de lectores, 1970. 313 p.
- PAPINI, Giovanni. 1959. *Un hombre acabado*. 1959. Madrid: Aguilar, 1959. T. V. P. 731- 740
- PARKES, Malcolm. 1998. La alta edad media. En: CAVALLLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998. p. 153-177
- PROUST, Marcel. 1989. *Sobre la lectura*. Valencia: Pre-textos, 1989. 78 p.
- RAMA Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984. 176 p.
- SAGAN, Carl. 1982. *Cosmos*. Barcelona: Planeta, 1982. 366 p.
- SAN ISIDORO DE SEVILLA. 2010. *Regla de San Isidoro de Sevilla*. Madrid: La Abadía, 2010. Ip.
- SILVA, Renán. 2005. *La Ilustración en el Virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural*. Medellín: La Carreta, 2005. 243 p.
- SILVA, Renán. 2002. *Los ilustrados de la Nueva Granada, 1780-1810: genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín: Banco de la República: Universidad EAFIT, 2002. 710 p.
- SVENBRO, Jesper. 1998. La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa. En: CAVALLLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger, dir. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998. 585 p.
- TEBEROSKY, Ana, GUÀRDIA, Joan y ESCORIZA, José. 1996. Las prácticas de lectura en estudiantes universitarios. *Anuario de Psicología*, 1996, no. 70, p. 86-107.
- VALLEJO MORILLO, Jorge. 2006. *La rebelión de un burgués: Estanislao Zuleta, su vida*. Bogotá: Norma, 2006. 276 p.
- WITTMANN, Reinhard. 2001. ¿Hubo una revolución en la lectura del siglo XVIII? En: CAVALLLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger, dir. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 2001. p. 495-537
- ZULETA, Estanislao. 1985. *Sobre la lectura*. En: ZULETA, Estanislao. *Sobre la idealización en la vida colectiva y otros ensayos*. Bogotá: Procultura, 1985. p. 81-102.